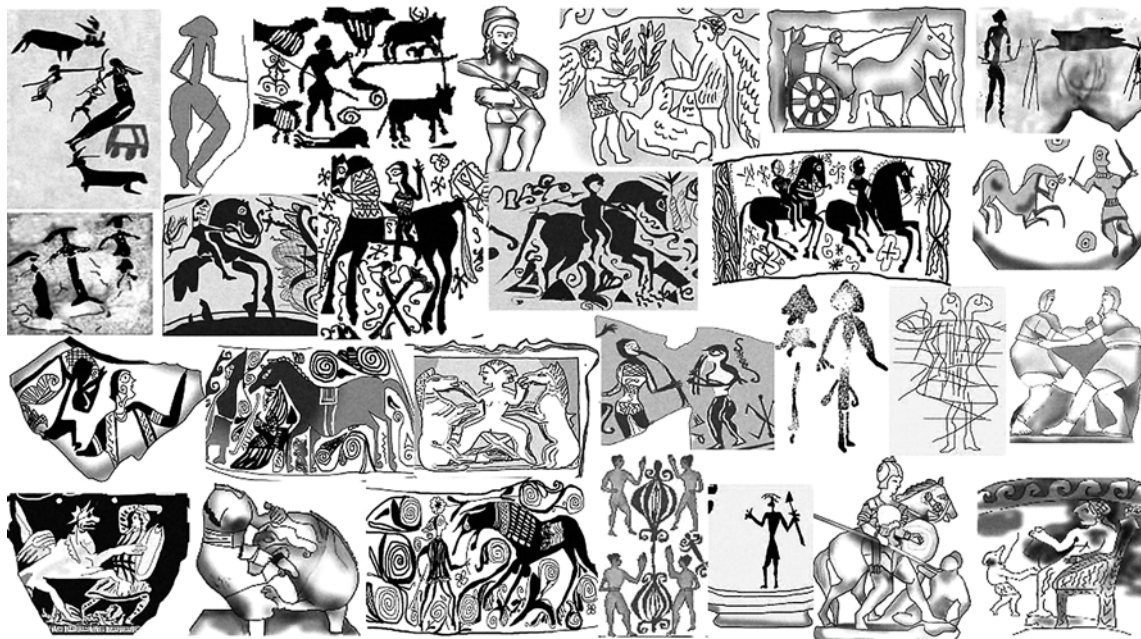


Fracaso

# ¿Es un fracaso luchar contra el dogmatismo estructuralista androcéntrico en el mundo de la Arqueología de la Prehistoria?

Francisca Martín-Cano Abreu



Cuando hace más de veinticinco años empecé a revisar numerosos manuales de la Arqueología de la Prehistoria, tanto universal como de la Península Ibérica, escritos por prehistoriadores del siglo XX, me impactó descubrir el dogmatismo estructuralista androcéntrico que dominaba en la disciplina.

Dada mi formación en Psicología, Antropología universal, Etnología y Etología, además de haber desarrollado mis capacidades innatas de pensamiento lógico, estudiando Ingeniería Técnica Electrónica, y de ser feminista y luchadora comprometida por la igualdad, enseguida percibí que sus autores habían dado desacertadas atribuciones de género,

a fascinantes muestras artísticas prehistóricas de figuraciones humanas.

Basándome en mi bagaje cultural, además de las posturas adoptadas por las protagonistas del legado artístico prehistórico, o por los rasgos que presentaban, consideré que eran incuestionablemente femeninas; pero sin embargo los autores de los manuales de la Arqueología prehistórica, inexplicablemente las definían como «masculinas».

Y lo que me dejó absolutamente perpleja fue descubrir que ¡yo era la única voz discrepante que se quejaba de tal anomalía!

Así que juzgué que si los integrantes académicos del mundo de la Prehistoria cayeron en un androcen-

trismo tan burdo, obviamente habría una fortísima razón oculta para que manipularan la verdad, y que ha afectado y condicionado la visión de los que les leían.

Y deduje que si consideraron masculinas las indudables figuras humanas de: cazadoras, amazonas, hipodamias, sacrificadoras, pastoras, labradoras, músicas, sacerdotisas..., sería para ocultar que testimoniaban que fue únicamente Lo Femenino el género que recibía culto y que la mujer prehistórica era la única encargada de asegurar el alimento a su familia, que ejerció el poder político como reina o jueza y que ejerció el poder religioso como Sacerdotisa, antes de la revolución patriarcal.

Desde entonces, mi interés principal ha sido intentar comprender el porqué un fanatismo patriarcal tan excesivo ha pervertido la voluntad de todos los integrantes académicos de la disciplina y ha dado lugar a una Arqueología Prehistórica Androcéntrica. Y ante tal fidelidad, nadie me puede convencer con la réplica de que: «ningún experto denunció tal androcentrismo, porque nunca lo percibió». Esa explicación sería considerar analfabetas y negarle sagacidad a montones de prehistoriadores de gran talento e inteligencia.

Inicié la ardua tarea de denunciar tal problema en 1999, cuando empecé a participar en Congresos de Arqueología y en foros especializados de Internet.

Desafortunadamente no encontré las respuestas que esperaba en académicos, que pensé que tendrían mentes abiertas y serenas. Sino manifiesta hostilidad de exaltados y desaprensivos dirigentes, españoles y franceses, que no tuvieron reparos en golpearme con su injusta actitud reaccionaria.

Posiblemente porque mi atrevimiento significaba un obstáculo para la impunidad que siempre habían disfrutado; así que me atacaron con rencor tratándome como una enemiga, castigándome con el descrédito, tratando de domesticar mi potencial subversivo, además de usar todo tipo de indignidades, con las que destruir mi autoestima.

Y ante la ignominia, ningún académico sintió malestar por el maltrato, o exigió al menos tolerancia y respeto por quien discrepaba de su ortodoxia (muestra de absoluta falta de empatía por el sufrimiento que se proporciona a la persona discriminada y ausencia de conciencia democrática).

Y a pesar de la reacción insidiosa a mi propuesta revolucionaria, me resigné a soportar los insultos, sobrellevando la sensación de injusticia dentro de lo que cabe, bastante bien. Los soporté porque algunas personas me

dieron fuerza y apoyo y no tuve que renunciar a vivir sin libertad, ni tuve que obligarme a intentar lograr el entendimiento con los contrarios. Y aguanté que se me cerrasen muchas puertas, porque al fin y al cabo, no arriesgaba ningún puesto de trabajo, ya que no pertenecía al mundo oficial. Y soporté que como consecuencia de esas artimañas lamentables e indignas, se despertase la animadversión de muchos pusilánimes.

A partir del momento en que tuvieron conocimiento de las furibundas reacciones de ciertos dirigentes, algunos editores de revistas especializadas que me habían publicado y estaban a punto de editarme otros, empezaron a tratarme como una proscrita.

También tuve que aguantar que otras personas, que habían mostrado que compartían mi sensibilidad, decidieran mirar hacia otro lado; o que al encontrarse entre la espada y la pared, decidieron sumarse a los acosadores y actuar de forma poco delicada y ofenderme en público.

Otros prehistoriadores o investigadores interesados en la Prehistoria, me subestimaron, y aprovechándose de que los reaccionarios me habían desacreditado, fueron vampirizando tranquilamente algunas de mis innovadoras ideas. Y sin ningún miedo, se resistieron cínicamente a citarme; o eligieron hacerse los despistados, adjudicando mis descubrimientos de manera distraída a otras, o atribuyéndoselas a sí mismos (y eso es propio de personas envilecidas, y en palabras de Savater: un crimen que debería ser penado con la muerte académica).

También más de cien internautas plagiaron algunos de mis trabajos, enteros o en parte.

Incluso un español experto en sectas, descaradamente e innoblemente, se aprovechó de la seguridad de mis hallazgos y conclusiones, para editar un libro como si fueran deducciones propias, tras yo haber mandado un trabajo inédito a la editorial que le publicó (cuando su

trayectoria mostraba que, 1: no se podría haber dedicado los años de investigación necesarios para conseguir tales deducciones, 2: no poseía en profundidad los conocimientos multidisciplinares al respecto y 3: aún menos poseía la visión feminista imprescindible para incluso interesarse por este tema).

Pero afortunadamente, de algunos otros académicos recibí atenciones en privado y de muchos humanistas más, amparo público.

Por lo demás, sigo luchando en absoluta soledad, divulgando mis ideas, luchando en batalla desigual, como Davida contra muchos Goliats, mostrándome valerosa hasta lo inverosímil, para que no se note mi indefensión, intentando que mis libros publicados logren despertar la conciencia de intelectuales ajenos al mundo académico de la Prehistoria.

Primero informándoles que el pasado que difunde los libros de (Pre)Historia no es más que clamorosas manipulaciones y aceptaciones consensuadas entre los conjurados académicos, para silenciar y someter la verdad de los hechos, a intereses patriarcales, conservadores y católicos.

Y segundo, para lograr hacerles cambiar sus mentes condicionadas/esclerotizadas por el único discurso que conocen sobre la realidad de nuestros ancestros, reflejo de la ideología de la sociedad en la que han estado inmersos: el conservador y androcéntrico; esperando que, tras cambiar, se sumen a mi denuncia radical en contra de las falsedades del mundo académico de la Arqueología Prehistórica Androcéntrica.

Tengo la esperanza, de que tras la ruina que me ha llevado al FRA-CASO, y con el esfuerzo de todos, renazca un clamor de reivindicación que acabará presionando hasta vencer las fuerzas de inercia y resistencia al cambio. Y solidariamente consigamos erradicar la fraudulenta Memoria (Pre)Histórica, que nos ha impuesto el actual sistema inmovilista.